

DIMINUTIVOS EN LAS EPISTOLAS DE FRAY ANTONIO DE GUEVARA

Beatriz Hart Gaige

No es precisamente el diminutivo el medio más adecuado para hacer el estilo elevado, sonoro, grave, cualidades que, sabemos, son las que persigue conscientemente el de Guevara. No encontramos, pues, profusión de diminutivos en las *Epistolas Familiares*¹. Podemos aplicarle lo que el Brocense dice en el *Prólogo* de su edición a Mena (Salamanca, 1582) defendiendo el estilo de éste: "para su gravedad tiene necesidad de usar palabras y sentencias graves y antiguas para levantar el estilo":² teniendo en cuenta, además, que la prosa de Guevara es ajena a la in-

¹ Pasan apenas de ciento los que hemos recogido en las 934 páginas que suman los dos volúmenes de la edición de José María de Cossio, Madrid 1950-52, que manejo y por la que se hacen todas las citas. Cito tomo y página. El trabajo es aplicación de las directivas trazadas por Amado Alonso: *Noción, Emoción, Acción y Fantasía en los Diminutivos* En: *Estudios lingüísticos* Madrid Gredos [1951] pp. 195-229 y *Para la lingüística de nuestro diminutivo* En: *Humanidades* Pub. de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación T. XXI La Plata 1930 pp. 35-41. Para las nociones generales sobre el estilo de Guevara: Ramón Menéndez Pidal *El lenguaje del siglo XVI* En: *La lengua de Cristóbal Colón*, Buenos Aires Austral [1947] pp. 49-87 y María Rosa Lida, *Fray Antonio de Guevara*. RFH, VII.

² *Apud* Marcelino Menéndez Pelayo, *Poetas de la corte de don Juan II*. Buenos Aires, Austral [1943] p. 180.

fluencia italiana y sigue los procedimientos de latinizar el período (cadencia, ritmo) que era propio de los escritores castellanos del siglo XV y aun del XIV. Si su vocabulario es, sin embargo, depurado y su construcción clara, no olvidemos que es, como el que más, ciceroniano: su gusto por usar los vocablos y las frases en parejas, reiterantes o anti-téticas, y sus similitudes, nos explicarán algunas cosas.

Además de su natural elocuencia, el solo hecho de titular *Epístolas* a sus trabajos, y no ser entre ellos pocos los sermones, les dan una marcada dirección hacia el interlocutor; la fácil palabra envuelve suave, lenta y segura la mente del que lo escucha y le fija la atención en una idea. Es todo un señor obispo que habla con autoridad, aunque sepa que son ficticias sus afirmaciones, aunque esté frente a Carlos V, sin perder nunca de vista la función didáctica de la Iglesia. Siendo así las cosas, habrá una clase de diminutivos que son especial resorte para lograr estos efectos: los representacionales elocuentes, aquellos que accionan hacia el interlocutor, que lo presionan, pero con la fantasía, haciendo resaltar el objeto, subrayándolo, dando énfasis a la afirmación. No serán por cierto estos los únicos que se empleen, pero sí creo observar una tendencia general hacia el interlocutor y un no disimulado empeño de emplear la fantasía por sobre el afecto.

Seguiremos para nuestra indagación el sistema señalado por Amado Alonso al estudiar los valores estilísticos del diminutivo, y los agruparemos, así, según la dirección espiritual del contenido psíquico, moviéndonos desde luego con la libertad que exija la conexión de unos ejemplos con otros, ya que no trabajamos con diminutivos aislados.

A.—HACIA EL OBJETO NOMBRADO O LO DICHO.—

Siendo normalmente la más rara la *Función disminuidora*, no ocurre relativamente lo mismo aquí. Caso típico es: "Para con Dios no son menester palabras prolixas, ni peticiones largas, sino un *memorialito pequeñito*, en que no diga más de "memento mei"... (*Ep.* II, 43). Es muy interesante observar cómo el *memorialito* en su función disminuidora está reforzado, caso frecuente, con otro recurso; aquí otro diminutivo. Esto es lo interesante: la función de realzar el concepto, de individualizarlo, de destacarlo, propia de todos los diminutivos, acentuada aquí merced al despliegue con que Guevara los analiza y a la minuciosidad, concisa y cortante, con que el análisis se hace [cf. "memento mei", que me creaste; "memento mei", que me redimiste; "memento mei", que creo en tí, "memento mei"; que... (*ibid*)], tiene merced a este *pequeñito*, un especial valor. Denuncia la emoción y una detención imaginativa. A la función disminuidora, tan clara por el contenido ideológico de *pequeño*, se ha añadido una estético valorativa

que no puede separarse totalmente de una función elocuente, desde que este diminutivo de cierto tinte lírico ("memento mei" de llevarme para ti ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amores de mi alma!", exclamará en seguida) se encuentra aislado, sorpresivo, en la cima de mayor intensidad de un larguísimo razonamiento hecho a Su Majestad en un sermón de cuaresma, y es expresión de un determinado temple emotivo que busca el contagio del auditorio. Este primer ejemplo prueba también otra cosa: cuán difícil es pretender encasillar en un lugar fijo los diminutivos con que tropezamos. Al tratar de clasificar éste, nos hemos paseado ya por casi todo el sistema.

Encontramos luego varios casos análogos entre sí: "Así como en el arca de Noé había mansiones y *mansiúnculas*, como quien dice moradas y *moradillas*, así en la Iglesia de nuestro Dios hay estado eclesiástico y popular..." (Ep. II, 75): "... buscaron con gran diligencia a los inventores del martillo, de la sierra, del escoplo de la hacha y de la *açuela* para labrar, más razón es de saber quien fué el primer inventor del oficio de amar, mayormente que la hacha y la *açuela* desbastan las maderas, más el oficio de amor..." (Ep. II, 227); "Es privilegio de viejos que pueden traer en invierno calças y *calçuelas*, botas y *borceguíes*, pantuflos y *servillas* en los pies; ... pueden también traer çamarro, sayo, jubón y *almilla* y camisa vestido; pueden también traer sombrero, bonete y *caperucilla* en la cabeza..." (Ep. II, 396-7). En todos se presenta en pareja el positivo con un diminutivo. Así como hay en la Iglesia, frente al eclesiástico, un estado pequeño, hay mansiones y *mansiúnculas* en el arca de Noé. Guevara explica este diminutivo más que para el ritmo y simetría de la cláusula, para lo que no me parece necesario, en razón de la terminación latina de *mansiúnculas*. Podemos pensar, desde que no volvemos a encontrarla, que teme no se sienta muy bien o no se comprenda del todo: de allí el juego del positivo y diminutivo cultos (*mansio*) con el romance. En el ejemplo subsiguiente *açuela*, tras una enumeración de instrumentos y usada junto a *hacha*, es como una reiteración, añade un nuevo matiz: no sólo el *hacha*, también este otro instrumento, más pequeño. Analicemos estos ejemplos: junto al objeto normal, aparece otro más pequeño, más fino o más íntimo, que existe junto a él, que puede ser usado por los viejos indistintamente, como hemos visto más arriba. Aunque *servillas* y *almilla* puedan dejar de sentirse alguna vez diminutivos, aquí responden a la misma intención de *caperucilla*; y aún *borceguíes*, careciendo de la terminación propia, intencionalmente también parece ser un diminutivo opuesto a *botas*.

Y siguen los ejemplos: "... dixome un morisco viejo que iba conmigo estas palabras mal aljamiadas: "Si querer tú, alfaquí, parar aquí *poquito, poquito*, a mí contar a ti cosa a la grande que rey Chiquito..." (Ep. II, 252). Un caso análogo al de *memorialito pequeñito*. El segundo *poquito* refuerza al primero que quiere expresar el breve tiempo que ha de quedarse el obispo, subrayando la brevedad con cierta intención de convencer al interlocutor de que bien puede sacrificarle ese momento. "...y, por Nuestra Señora de Guadalupe, prescío más poner un pie o una mano en la picota que ser señor de *Ventosilla*". Como yo oí mentar a *Ventosilla*, replíquéle esta palabra: "A la verdad, señor alcalde, justamente os pertenece el señorío de la *Ventosa*, porque vos no cabriades en *Ventosilla*" (Ep. I 191). Aquí un caso interesante de topónimo con terminación diminutiva. Mentado anteriormente sin haberse sentido como tal, su terminación sirve ahora para que Guevara juegue con el y lo oponga a la *Ventosa*, como lugar, aquél, de menor extensión. Ya que hemos hablado de topónimos con terminación diminutiva, diremos que no tiene preferencia por ellos; fuera del citado, podría interesarnos este otro ejemplo: "lo que hasta agora he visitado es a *Almuñecar*, a *Salobreña*, a *Motril*, a *Vélez*, a las *Guaxaras*, al *Valdeleclín* y agora estoy aquí, en *Lanjarón*, y lo que siento de la visita..." (Ep. II, 251), por la oposición *Valdeleclín-Lanjarón*, que ocurre por haber dejado el topónimo con terminación diminutiva en último término en la enumeración, lo que destaca el ritmo melódico de la frase ³.

³ Quizá también tenga algo que ver el cansancio de que se queja el obispo al empezar la epístola para tan "especial señor y ocioso cortesano", con esta disposición de los topónimos en la que *Valdeleclín* cobra especial realce por su posición, que marca una anticadencia, y por la oposición con el topónimo de terminación aumentativa, aprovechando así las posibilidades que le ofrecen estos nombres para subrayar fonéticamente ese "que cargan tantos negocios de mí, que aun apenas sé de mí". Observemos también el ritmo: los asonantados *Motril-Valdeleclín* se destacan en la enumeración, y sus posiciones correspondientes pueden ser tomadas como extremos de versos de casi igual número de sílabas (doce y trece respectivamente) cuyo número igual de acentos se corresponde. Sin estudiar profundamente el caso, creemos poder advertir como general en las *Epístolas*, el gusto por construir las cláusulas a modo de estrofas, cuya única ley fija sería el corresponderse matemáticamente la acentuación de la última palabra del verso penúltimo con la última del último, siendo de preferencia rimados. Son notables las terminaciones, tan frecuentemente asonantadas o rimadas, que terminan los que, siguiendo a Servien, llamaríamos versos: a veces reforzados por rimas internas o simetría en los acentos. No escapa tampoco a una primera observación la preferencia por las terminaciones agudas, que parece hacen sonar más rotundo el periodo, sobre todo en las situaciones de mayor relieve: de allí la abundancia de verbos empleados en infinitivo, de allí la posición de las terminaciones *-in*. Al ritmo de la frase también se debe

Hay buena cantidad de diminutivos que, a pesar de su terminación, casi no aparecen funcionando intencionalmente como tales. Si se emplean es porque el uso común los ha consagrado así, como cierta especialización conceptual para designar una especie más pequeña dentro del significado general de positivo: el *pañizuelo* de narices (*Ep.* II, 391 y 447); la *almohadilla* para labrar de una mujer (*Ep.* I, 382 y 389); los *palillos* de dientes (*Ep.* II, 389); los *saquitos* que se usan como remedio (*Ep.* I, 355 y 357); la *bacineta* a do escupan los viejos (*Ep.* II, 392); el *casquillo* (cazquillo) de la saeta (*Ep.* I, 477); el pliego de *culebrilla* (*Ep.* I, 406); la *zancadilla* o *zancadillas*⁴ que hacen caer; las *al-*

la introducción de tantas frases reiterativas o antitéticas, que sirven de contrapeso rítmico, sobre todo en el caso de los dos versos finales de estrofa. Damos un par de ejemplos ilustrativos:

El primero rey de Israel se llamó Saúl,
y fué elegido del tribu de Benjamín,
que era el último tribu de todos los tribus,
y en el segundo año de su reinado
tomábale el espíritu del señor malo,
el cual no quería del salir,
ni dexarle de atormentar,
hasta que el buen rey David
venia delante del
a tañer y cantar.

(*Ep.* I, 110)

Sea, pues, la conclusión:
que los viejos de vuestra edad
deben mucho trabajar
de traer la ropa no grasienta,
la camisa bien lavada,
la casa tener barrida
y la cama que esté muy limpia;
porque el hombre que es viejo
y presume de cuerdo,
si quiere vivir sano
y andar contento,
ha de tener el cuerpo sin piojos
y el coraçon sin enojos.

(*Ep.* I, 230-1)

³ *Estamos algo lejos del diminutivo, pero eso nos explicará algunos más adelante.*

⁴ Vacilación entre *z* y *ç*: Acerca del beber... causaron que algunos diesen allí alguna *çancadillas*. (*Ep.* I, 117) ...y a los ricos y privados nunca falta quien les arme la *çancadilla* (*Ep.* I, 131) yo soy el que os doy la mano y él es el que os arma la *zancadilla* (*Ep.* I, 308).

bardillas, que sirven a Raquel para ocultar los ídolos (*Ep.* II, 163); las *espinillas* de los viejos y las *vegadillas* que beben (cierto afecto por esta última cuando la piden todas las noches) (*Ep.* II, 397); las manillas de las matronas (*Ep.* I, 210); las medidas *cuartillo* y *medio cuartillo*⁵, de las que hay varios ejemplos; la *rencilla* (cierto matiz despectivo) (*Ep.* I, 257); la *correndilla* que hay que tomar de lejos (*Ep.* II, 287 y 423); los *botecicos* de medicinas (*Ep.* II, 396); los *bolsicos* de Judas (*Ep.* II, 21 y 91). Es de notar la función rítmica del ejemplo siguiente: "...porque no es otra cosa el monje que tiene en el monasterio apellidos, sino otro Judas con *bolsicos*". (*Ep.* II, 91). Versos finales de estrofa, asonantados y de acentuación grave. Ya con un tono más afectivo habla la madre de las *pasticas* de olores que hace su hija, pero cuando el obispo las cita en su reflexión, se diría que es más bien por cortesía que conserva la misma forma⁶. Los *asnicos* asados, golosina del regalado Miscenas, han de haber sido muy tiernos⁷. Observemos que en todas las voces terminadas *-ico -ica*, es más notable la presencia del diminutivo, a causa de haber empleado una terminación poco frecuente en Guevara, exótica en la región, y que evoca en cambio a las vecinas de Aragón y Navarra y a Granada. Dan idea de tamaño reducido tam-

⁵ Vacilación entre q y c: ...y a la medida que hoy llamamos *cuartillo*, decían ellos "quartezna" (*Ep.* I, 154) Antiguamente en España llamaban a la taberna "jarrera", y al *cuartillo* y *medio cuartillo* "quartezna" y "media quartezna" (*ibid.*) ...que toda taberna de Badajoz tenga en su taberna *quartillo* (¿Equivoco o arcaísmo consciente?) y *medio cuartillo* (*Ep.* I, 155).

⁶ ...Preguntado yo a una muger de bien por una hija suya, que si tenía edad para se casar, y si tenía edad para regir casa, porque se quería casar un hombre de bien con ella, respondiome la madre estas palabras: Sepa vuestra merced, señor Guevara, que mi hija ha veinte y dos años no más, y si tiene buena edad, también tiene buena habilidad, porque yo no la enseñé a labrar, ni a hilar, ni a amasar, mas enseñéla a muy lindas *pasticas* de olores hazer, de manera que el que la llevare llevará con ella una muger que sabrá adobar para su marido guantes, y perfumar para sí las ropas: oida esta respuesta, ni supe si me reíría, o si me enojaría, porque zqué que se quería casar con la moça tenía oficio de herrero, andaba lleno de cisco, y dezirle al tal que su muger le adobaría unos guantes con algalia, no era más que echarle en la plaça una pulla. Que una muger sepa escoger olores, hazer pomas, adobar guantes, rociar camisas, estilar aguas y amasar *pasticas*, no lo condeno, mas que no sepa otro oficio, desto reniego; porque no se ha de preciar de muger la que dentro de sus puertas no sabe hazer todo lo que hazen sus moças. (*Ep.* II, 444).

⁷ "...y el primero que se dice haber inventado esta golosina fué el regalado Miscenas, el cual daba en sus banquetes *asnicos* asados y *cabrones* cecinados". (*Ep.* I, 244). Notar la oposición juguetona *asnicos* *cabrones*. ¿Se usa el aumentativo para lograr el equilibrio melódico bilateral de la frase '*asnicos* asados y *cabrones* cecinados', reforzando además, por el contraste, el valor del diminutivo?

bién: *cabrito* (*Ep.* II, 166); las *pepitas* de las frutas (*Ep.* II, 120); el *zurroncillo* (*çurroncillo*) de pasas, único alimento que lleva Andrónico en su fuga (*Ep.* I, 177); la casilla en que como religiosa estaba la Sagrada Virgen cuando para Madre de Dios fué elegida (*Ep.* II, 77). Parece haber en la terminación *-illa* con que se ha construido este diminutivo, cierta evocación de la celdilla religiosa, asimilando a la casita de la Virgen las cualidades de recogimiento, paz, soledad, silencio, estrechez, pobreza, de aquellas.

Podríamos considerar *emocionales afectivos* a los siguientes ejemplos: "También quiero deziros que tener un mono, un gato, un papagayo, un tordo y un *xerquerito*, no hay en ello culpa..." (*Ep.* II, 410)⁸; "Del magno Alexandro leemos que enterró a su caballo ...y Virgilio Mantuano a un *mosquito* y Cómodo el emperador a un mono, y el príncipe Heliogábalo enterró también a un *paxarico*..."⁹; "...que ten-

⁸ Observar el orden decreciente de tamaño de los animales: mono, gato, papagayo, tordo, *xerquerito*.

⁹ Hay correspondencia entre las enumeraciones de estos dos últimos ejemplos, que, en el texto, están próximas la una de la otra. Fuera del caballo y del mosquito (¿por absurdo?) y además del gato, todos los animales que no es culpa tener, encuentran antitético dueño, por su grandeza o crueldad frente a su ser inofensivo o infimo, en la enumeración reiterativa que podríamos tomar como ejemplo ilustrativo a distancia:

Del Magno Alexandro leemos que enterró a su caballo,
y Augusto el Emperador a un papagayo,
y Nero el cruel a un tordo,
y Virgilio Mantuano a un mosquito,
y Cómodo el Emperador a un mono,
y el príncipe Heliogábalo enterró también a un *paxarico*
en cuyas obsequias oró
y cuyo cuerpo embalsamó.

(*Ep.* II, 410-11)

(Observar las rimas y el esquema rítmico en la construcción de la estrofa). Notemos la progresión: famoso es el cariño que el guerrero tenía por su caballo, animal noble, pero hasta un hombre de este temple, se deja ganar de pronto por el cariño de un animalito, hasta asombrarnos los casos de un hombre cruel que cae en lo mismo y el absurdo de Virgilio Mantuano enterrando a su mosquito. Esta primera terminación diminutiva subraya la antítesis, pero dudamos se sienta diminutivo; su terminación consagrada por el uso cumple más bien funciones rítmicas y de rima: nótese la asonancia alternante de los cuatro versos centrales mientras que los primeros y los finales son pareados. De aquí, por otro escalón, llegamos al *paxarico* que correspondería al *xerquerito* de la enumeración anterior, el único diminutivo de ella, realzado allá por la entonación y por su posición final en la enumeración; aquí además, destacado por todo una frase que nos acerca más a él.

driades para su parto . . . algunos pañales para envolver los *cachoritos* [sic]" (*Ep.* II, 411). Me atrevería a decir que es aquí el menor tamaño el que trae la denominación afectiva. Los viejos tienen especial apego a su *torreznito* (*Ep.* II 391). Al amor de Jesús por los pecadores se une la compasión cariñosa del predicador con un matiz efusivo²⁰: "Fué también Cristo muy honrado y de todos muy estimado, por tornar, como tornaba, por los *pobrecitos* pecadores. . ." (*Ep.* II, 203); también los que escuchan son *pobrecitos* pecadores.

Con carácter *despectivo* encontramos: "Al enamorado necio mofa dél su dama, burlan dél los vecinos . . .cébase de *palabrillos*. . . y al fin hállase burlado" (*Ep.* I, 289); "...hacen mención de una muger greciana . . . de la cual cuentan cosas tan monstruosas y insólitas que a mí parecer son todas las más dellas ficticias o *hablillas*, porque a ser verdad, más parecía resucitar los muertos que no curar los enfermos". (*Ep.* I 345); y "...yo para mí más querría hallarme en *Carrioncillo*". Carrioncillo es una *aldehuela* pagiza, una legua de Medina del campo" (*Ep.* I, 424). Aquí nos interesa el topónimo, puesto que su terminación y su situación en el contexto, dan ya idea de su pequeñez y de la poca estima en que se le tiene. Esto se refuerza con la explicación de que sea una *aldehuela* (no una *aldeita*), y una *alhehuela* *pajiza*, así, con ese adjetivo descolorido y afectivo. Pero vemos que aunque despreciable el lugar, es amable para el rey don Alonso. El *despectivo aldehuela* subraya justamente la conciliación de esta antítesis de afecto por algo despreciado en el ánimo del rey.

Y nos enfrentamos a los *estético valorativos*: "...porque el viejo, como es delicado y anda siempre achacoso, más daño le hace *un poquito* de aire que entra por un resquicio. . ." (*Ep.* I, 229). La detención imaginativa que traduce *un poquito*, es la mejor manera de destacarlo, de subrayarlo. Colabora la gradación descendente que antecede —viejo, delicado, achacoso— y la imagen de *resquicio* en dar valor a la frase y en acentuar la fantasía. Las imágenes, todas afinadas, como arista. La misma detención imaginativa en: "En tan pocas horas, en tan breves tormentos y en *tan poquito* espacio como el ladrón estuvo en la cruz. . ." (*Ep.* II, 33). Observemos que es también lírico. Otro ejemplo: "En el monesterio de los Toros de Guisando hallé un fraile *muy pequenito*, el cual. . ." (*Ep.* I, 76), de cierta efectividad en la emoción que conduce a lo contemplativo. Es también nocional, reforzado por ese *muy*. Podríamos incluir aquí, quizá con la misma inten-

²⁰ De otro lado es expresión tomada casi de la liturgia, con cierto sentido de ternura, que acentuando el tono paternal en el sacerdote colabora al apocamiento de los pecadores.

ción diminutiva, el pedido del rico avariento a Abraham: "...que envíes acá a Lázaro... para que mojado el *dedo meñique* en agua fría me refresque un poco la mi lengua..." (*Ep. II*, 130). La tensión sujeto-objeto, la emoción y detención imaginativa que nos da ese *dedo meñique* frente a su sed tan grande. Líricos y destacados son estos dos ejemplos que nos detienen en el valor de las niñas de los ojos: "...que quien le toca [a Dios] a uno de sus escogidos, le toca y ofende a las *niñetas* de los ojos" (*Ep. II*, 111); "Pedimos cada noche a Dios, en las completas, que nos guarde como a las *niñetas* de los ojos" (*Ep. II*, 111). Notemos la terminación: recurso estilístico, me parece a mí, para poder mantener el relieve con el diminutivo, sin perder la seriedad y la altura del período, que sonaría juguetero si se hablara de *niñitas*, *niñicas*, *niñuelas*. Es evidente la intención expresiva; el texto latino sólo habla (*Ps.* 16, 8) de *pupillam oculi*, que en la traducción de Dom Lefevre reza: "Guárdame, Señor, como a la niña de tus ojos".

B.—CORRIENTE EMOCIONAL HACIA EL INTERLOCUTOR.—Encontramos un ejemplo de expresión de un temple emocional estratégico (*afectivo-activo*): "Pues las raíces de mis deseos y las cañas de mis obras, y las *porretas* de mis palabras, y la espiga de mi vida, está todo tan verde y tan húmido, como si nunca hubiera sido cristiano... el tu dulce amor haráme que te sirva, y el tu gran temor no consentirá que ten ofenda" (*Ep. II*, 216). Toda ella exhibe la miseria del que habla para captarse la voluntad de Dios y obtener de Él su amor y un temor saludable. Pero esto se dice en público: se trata de un sermón. La efusión es doblemente activa, busca contagiar al auditorio y llevarlo a la misma actitud.

Y pasamos a los diminutivos de *cortesía*: "...porque en mí hay mucho que reprehender y *muy poquito* que loar". (*Ep. I*, 270). Observemos que además de la atenuación cortés hay en *muy poquito* cierta detención estética valorativa: *poco*, pero hay *qué* loar, y ese *poco* es más interesante que "un poco cualquiera". De otro lado la oposición *mucho-muy poquito*¹¹. Otro ejemplo: "Credme señor que las escopetas cortas más aina revientan... las ropas angostas más aina se rompen y los hombres *chiquitos* más aina se enojan" (*Ep. I*, 77). Destacador y cortés. Observar asimismo (casos análogos encontramos) que con el diminutivo culmina un período que ha buscado aparentemente jugar con ideas similares: escopetas cortas, ropas angostas, hombres chi-

¹¹ Vid. Más adelante.

quitos. Tropezamos ahora en un caso interesante. Es el que ocurre en la "Letra para una señora y sobrina del auctor, que cayó mala del pesar que tuvo, porque se le murió una *perrilla*. Es letra cortesana y con palabras muy graciosas escripta" (*Ep.* II, 405): En ninguna otra epístola, por muy familiar que sea, encontramos acumulados tal cantidad de diminutivos. Mientras que ninguna de las otras llega a la media docena, veintitrés son los que encontramos en ésta. Verdad es que la mayoría ocurre al nombrar al animal muerto. Interesa observar la alternancia de las terminaciones diminutivas con que se le nombra las muchas veces que esto sucede. La más abundante es la terminación *-illa*. El llamar en diminutivo al animalito es un eco cortés del afecto que su ama sentía por él; pero al llamarla *perrilla* se añade un matiz despectivo, más claro unas veces: "...en el grado que yo sentí la muerte de doña Francisca mi hermana, tanto y más habéis vos sentido la muerte de vuestra *perrilla*". (*Ep.* II, 406)¹² "De vosotros dos, no sé qual fué mayor, la dicha de la *perrilla*, en ser de vos tan amada, o la desdicha vuestra..." (*Ep.* II, 409); "Yo no sé qué fruto sacábades del amor de una *perrilla*..." (*Ep.* II, 409); y otras, hasta sarcástico: "Otro descuido muy grande hezistes, y es, que no llamastes a la comadre Gallarda para el parto de vuestra *perrilla*..." (*Ep.* II, 411); "Bien tengo para mí creído... no dubdâredes de dar sepultura a vuestra *perrilla*, aunque..." (*Ep.* II, 411). En medio de esta profusión de *perrillas*, se destaca: "Más razón sería que os acordâsedes del dios que os crió, que no de la *perra* que se os murió... mas la desventurada de vuestra *perrilla* no tenía..." (*Ep.* II, 410), en que quitado el apocamiento cortés, con algo de afectivo, algo de reproche, el positivo nos sacude, serio, con toda su fuerza que resulta más peyorativa. Luego (otra vez el diminutivo) se recobra el tono más ligero de antes. El mismo efecto se produce aquí: "...os sería más honroso y aun más provechoso, llorar siquiera un pecado, que no llorar por un *perro*, siendo como vos sois, en sangre ilustre, en vida honesta, en patrimonio rica, en gesto hermosa, y en conversación sabia, no puedo tener paciencia de haber puesto vuestro amor en una *perrita*..." (*Ep.* II, 408). Pero hay que notar dos cosas: ya no es un ejemplar determinado de la especie lo que interesa aquí, sino el perro como género el que se opone a las cualidades de la persona, y siendo tan inferior, no puede comprender cómo la sobrina pretenda igualarse, por el amor, con él, por más que se trate de una *perrita*, de un animalito simpático. La atenuación cortés está dada aquí, más que por el diminutivo, por la enunciación de las cualidades de la sobrina, lo que dulcifica la severidad del reproche que se le hace. "Nues-

¹² Acentuado por la contraposición de sentimientos en juego: *hermana* y *perrilla*.

tra madre Eva lloró por su hijo Abel, Jacob lloró por Joseph, David... y vos, señora, por la muerte de un *perrito*..." (Ep. II, 407). Nuevamente encontramos el *perro* como género opuesto a motivos más nobles por los cuales llorar. Pero hay un cierto conato de especificación dentro del género; no se trata de cualquier perro, sino de un *perrito*. Si la atenuación de la expresión se hubiera dado con *perrillo*, hubiera resultado demasiado despectivo. "Para hazer como hazéis tan gran sentimiento por una *perrita*" (Ep. II, 410), nos hace ver mejor que los tres ejemplos en *-ito-ita*, además de la atenuación cortés, traen un nuevo matiz: ni aun tratándose de un animalito amable, gracioso, puede llegarse a tales extremos por él, que no pasará nunca de ser un animal. "Si pusiesen delante el alcalde de Çaratán, la muerte de vuestra *perrilla* y los deméritos de vuestra vida, yo juzgo que juzgase aquel buen rústico, que por muerte de la *perrica* riesen, y que por vuestras culpas llorasen" (Ep. II, 410). Observemos la alternancia *perrica-perrilla*. Obedece sin duda al deseo de evitar la repetición excesiva de *perrilla*. Pero hay más: la *perrica* se ofrece en un tono más cariñoso y da un ritmo más juguetón al período, lo que conviene muy bien en una "letra cortesana, y con palabras *muy graciosas* escripta", que no duda en llamar, con toda cortesía, a la sobrina, ya que el amor se iguala el amante con el objeto amado: "...que pues vuestro amor pusistes en una perra, que sin ninguna culpa os podremos dezir *cucita cucita*". (Ep. II, 409). Todos estos diminutivos corteses, medio afectuosos, un tanto burlones, trabajan el ánimo de la destinataria siempre en el mismo sentido: quitarle su pena, haciéndole ver que no hay motivo que la justifique.

C.—HACIA AMBOS A LA VEZ: REPRESENTACIONES ELOCUENTES.—Ya hemos citado varios de esta clase anteriormente. Si no los hemos incluido aquí es porque la dirección hacia el oyente parecía sólo derivada, secundaria, privando la nocional o la estético valorativa. Ante todo con estos últimos resulta demasiado sutil la separación a veces, siendo como son siempre estos razonamientos dirigidos a cierto público; y por más lírico que el tono sea, siempre tiene la segunda intención de conmover, de arrastrar, de convencer. Y con los que priva la dirección hacia el interlocutor, se establecen algunas diferencias semánticas. Hemos reunido aquí aquellos en los que la función representacional elocuente aparece más notable. "¿Para que queréis amiga, pues... no ha de haber otra conversación... y *cuán poquito* habéis comido aquel día, y cuántas veces habéis contado el

reloj aquella noche?" (*Ep.* I, 290). En este *cuán poquito* se realza y vitaliza ese *cuán*, hay algo de nocional, pero la función primordial es subrayar lo dicho con el diminutivo presionando al interlocutor mediante esta detención de la fantasía. Lo estético valorativo está aquí muy claro (tanto que dudamos dónde incluirlo), pero la tensión sujeto-objeto no se da entre el que habla y lo dicho, sino entre el que escucha y lo dicho. El autor hace resaltar esta tensión como un recurso para convencerlo de su absurdo proceder. La misma combinación *cuán poquitos* tiene, en los dos ejemplos restantes, una clara función elocuente que sacude al público, insistiendo, enfatizando lo dicho: "...para darnos a entender *cuán poquitos* los que saben sus caminos y *muchos menos* los que aciertan por sus atajos" (*Ep.* II, 68). Y con mayor eficacia este otro: "¡O *cuán pocos* y aún *cuán poquitos* hay hoy en el mundo que tenga esta condición..." (*Ep.* II, 129). Observaremos más adelante el empleo de esta reiteración; usará un diminutivo para subrayar doblemente la validez de su afirmación, para penetrar mejor en la conciencia del público y lograr así que no quede en éste duda alguna. Notemos también el tinte lírico.

Y ahora nos encontramos con *muy poquitos* o *muy poquitas* (sólo una vez en singular), que es la expresión diminutiva favorita en Guevara. No acumulada como los diminutivos corteses de la carta a la sobrina, sino regularmente distribuída a través de la obra, lo encontramos hasta diecisiete veces en dieciséis epístolas diferentes. Precisamente el primer diminutivo que se nos ofreció en la lectura fué uno de éstos (sólo en la carta quinta). La preferencia por él se hace más notable frente a la ausencia de otros diminutivos, sobre todo al principio de la obra. "...como sea verdad que son *muy poquitos* en esta vida los que habiendo algún grande enojo no pequen siquiera de pensamiento..." (*Ep.* II, 54). Es la única vez en que *muy poquitos* se da en lo que podríamos llamar forma positiva, en el sentido de que no se compara con una afirmación contraria, ni se usa para reiterar algún matiz especial dentro de otro concepto enunciado. Ni paralelismo ni restricción subrayadora; aquí *muy poquito* tiene un carácter que justificaria haberlo incluido entre los estéticos valorativos. "Al caballero que es animoso, esforçado y valeroso, *nunca* se le ha de encender la cólera si no fuere en desenvainando la espada, porque *muy poquitas* veces sale esforçado el caballero que es muy parlero" (*Ep.* I, 38). Observemos la relación *nunca-muy poquitas*. *Muy poquitas* es el motivo de *nunca*. Por eso acude a subrayarlo la fantasía¹³. "...porque la muger *jamás*

¹³ Quizá interese aludir a que el juego oposicional se hace en dos planos: temporal (*nunca*) y espacial (*muy poquitas*).

yerra callando, y *muy poquitas* veces acierta hablando". (Ep. I, 372). Aquí *muy poquitas* frente a *jamás*, poniendo de relieve la oposición "callar-hablar" para que surta efecto su consejo. Entre las combinaciones con *muy poquitos*, hay una que Guevara prefiere particularmente: es la oposición *muchos-muy poquitos*. Merced a ella trabaja en el ánimo del interlocutor valiéndose de un doble recurso para insistir en aquello que es "muy poquito": el diminutivo, que detiene en él la fantasía, y la oposición que lo destaca mejor todavía. Damos los ejemplos: "En la corte hacen *muchos* lo que quieren y *muy poquitos* lo que deben". (Ep. I, 212); "...porque en caso de amores, a *muchos* vemos escapar de los que huyen y a *muy poquitos* librarse de los que esperan". (Ep. I, 291); "...porque es una arte esta de medicina... que son *muchos* los que la aprenden y *muy poquitos* los que la saben" (Ep. I, 354); "A *muchos* habla Dios por señas, a *muchos* por escrito, a *muchos* por palabra y aun a *muchos* a la oreja, y a *muy poquitos* al corazón... que Él ama de corazón" (Ep. II, 78); "Para darnos a entender que son *muchos* y *muy muchos* los que llama Dios a ser religiosos, y *muy poquitos* los que dellos llegan a ser perfectos" (Ep. II, 87); "Muchos son los que hacen pública audiencia, y *muy poquitos* los que hacen entera justicia..." (Ep. II, 262); "...de lo cual podemos colligir que son *muchos* los que nos ayudan a comer lo que tenemos, y son *muy poquitos* los que nos socorren..." (Ep. II, 402) "...porque es en sí tan estrecha la regla de la amistad, que son *muchos* los que la prometen, y *muy poquitos* los que la guardan" (Ep. II, 436). Reparemos en que la antítesis no es esencial; bien podría haberse suprimido *muchos* si no hubiera existido en el autor el gusto de utilizar este recurso estilístico. Es indudable que da al período elegancia, y sobre todo es elocuente: cumple a maravilla la función de envolver suavemente la conciencia del auditorio fijándole la idea deseada y recalcada nuevamente por el diminutivo. Otro: "...la gente extrangera puesta en Italia, por la mayor parte es mala, porque son *muy poquitos* los que con devoción van a Roma, y son *infinitos* los que se pierden en la ramería" (Ep. I, 142). El ejemplo es parecido a los otros, pero, a la inversa, aquí lo que impresiona son los "infinitos" que se pierden; por eso se refuerza con la antítesis en diminutivo; también desempeña la misma función el *infinitos*, acá por *muchos*¹⁴. "Si todos los que saben pecar... se acabasen o se muriesen... pocas casas hubiesen menester de edificarse y *muy poquito* pan de sembrarse" (Ep. II, 264). Aquí *muy poquito* (en singu-

¹⁴ Síntesis en *infinitos*; análisis y despliegue en *muy poquitos*.

lar) frente a todos y acompañando a "pocas casas". Es como enfrentar los "muchos" pecadores a los "poquísimos" justos. Otro: "...mas junto con esto el crédito de su persona y la fama de su buena doctrina nadie huelga de la dexar, ni aún la permite disminuir, porque a ser esto así, pocos seguirían su vida, y muy poquitos su doctrina". (Ep. II, 195). Aparece el mismo concepto (seguir su vida es seguir su doctrina) dividido en dos oraciones, de las que la segunda es como reiteración de la primera¹⁵; "...porque muy pocos son los que me alcanzan a conocer y muy poquitos los que saben mi nombre predicar" (Ep. II, 39). Otra vez *muy poquitos* frente a *pocos* (*muy pocos* aquí, con más énfasis). Es una especificación, un menos subrayado, esos *poquitos* dentro de los "pocos". Mi ejemplo favorito entre los representacionales elocuentes, es éste: "Por pocos, y por muy pocos, y aún por *muy poquitos*, hizo Dios en este mundo lo que hizo..." (Ep. II, 132). Seguimos los pasos de la fantasía deteniéndonos en su objeto, exaltándose cada vez más; insistiendo, subrayando cada vez mejor; en una gradación elocuente: *pocos*, *muy pocos*, *muy poquitos*. Diría que hay dos corrientes en el funcionamiento de estos *muy poquitos*: la una destaca por oposición brusca a un término contrario (*muchos* - *muy poquitos*); la otra va como superponiendo significados cada vez más subrayadores, cada vez más emotivos, que alcanzan su cima en el *muy poquito* final (*pocos*, *muy pocos*, *muy poquitos*). Ambas corrientes se reúnen en el ejemplo que nos queda: "a muchas he visto casarse por hermosas, y a pocas, y aun a *muy poquitas*, por virtuosas, y por eso permite Dios..." (Ep. II, 193).

Se cierra nuestra documentación con los dos siguientes ejemplos: "...porque es tan delicada la consolación divina que no se compadesce con ninguna consolación humana por *más pequeña y pequenita* que sea" (Ep. II, 88). *Pequeña y pequenita*, como *poco y poquito*; y "Hago os saber que yo soy, como veis *chiquito*, mas junto con esto soy un pedaço de azero, y los hombres grandes y desaliñados como vos..." (Ep. I, 76). Diminutivo dirigido al enemigo que lo tildó de tal, en forma que él sintió despectiva. Si, "soy *chiquito*" admite y recalca con cierto afecto por esta cualidad suya que alejándolo del desaliño, le permite ser

¹⁵ Nótese que nuevamente se trata de dos versos finales de estrofa. De quedar la oración cortada en *vida*, se rompería el molde de Guevara por la acentuación aguda de *así*. Observar además del acento, la asonancia de la reiteración: *vida-doctrina*. Sucede lo mismo en el ejemplo siguiente, aunque aquí hay verdadera diferencia entre el conocer y el predicar, y precisamente esto es lo que nos interesa más

un "pedazo de acero"¹⁶. Podríamos llamarlo un diminutivo de combate, función que se consigue con el énfasis que presta a la afirmación dirigida a traer por tierra la del contrario.

CH.—OBSERVACION FINAL.—Al terminar la ejemplificación, nos quedan todavía ciertas consideraciones generales. Muy poquitas e incompletas por las circunstancias. Apuntemos por el momento (véase el cuadro inmediato) que la terminación más usada es *-illo* (a, os, as) que supera ligeramente a *-ito* (a, os, as). Mientras cada una de estas pasa de cuarenta en el contexto, *-ico* (a, os, as), que es la siguiente en importancia, llega solamente hasta diez ejemplos, y fuera de *-uelo*, de la que se recogen cinco, y *-eta* (¿terminación italiana?) de la que encontramos cuatro, las demás son esporádicas; una de ellas es el único *-in*, discutible, de *Valdeleclín*, lo que nos permite comprobar que Guevara no usa el diminutivo como elemento evocador de su región natal (Asturias). Se observa ausencia absoluta de reduplicaciones del tipo *poquitito*, *chiquitito*, etc. Los únicos usos de valor intensificativo documentados serían *poquito*, *poquito*; *cucita*, *cucita*...

Dos maneras muy generales podrían señalarse en el uso de las terminaciones. La primera encabezada por la terminación *-ito*, de los diminutivos más sentidos como tales, destacadores, afectivos, algunos emocionales (basta recordar los *muy poquito*). Entre estos habría que colocar los *-ico*, cuya presencia como diminutivo es hasta más sentida y más afectiva, al mismo tiempo que alcanza a dar, por lo general, un tono ligero al estilo (*perrica*, *paxarico*, los *pobrecicos* pecadores). Cuando esto se quiere evitar, sin dejar de conservar el tono solemne, se logra mantener el poder destacador del diminutivo ocurriendo a la terminación *-eta*. A propósito de *-illo -uelo*, podemos observar dos hechos: o se siente poco el diminutivo, (es el caso más abundante: *cuartillo*, *almilla*, *espinilla*, *pañizuelo*), o es éste despectivo (*palabrillas*, *hablillas*, *aldehyuela*). Esto es lo peculiar en ellos, pero no quiere decir que no asomen o se insinúen entre estas terminaciones, muy finas maneras de entender el diminutivo, especialmente asociándolo, mediante la terminación, con otras ideas: *Ventosilla*, *Carrioncillo*, *casilla*...

Beatriz Hart Gaige.

¹⁶ Atender al contraste: en el mismo sujeto que vemos *chiquito*, a pesar de esto cabe sin embargo ser un pedazo de acero, con el sentido plástico, aumentativo, de *pedaço de azero*.

FRECUENCIA DE LAS TERMINACIONES

-illo (a, os, as)

Albardillas	II 163
Almilla	II 396 (2v.)
Almohadilla	I 382 y 389
Çancadilla (s)	I 117 y 131
Caperucilla	II 397
Carrioncillo	I 424 (2v.)
Casilla	II 77
Cazquillo	I 477 (2v.)
Correndilla	II 289 y 423
Cuartillo	I 154 (2v.)
medio cuartillo	I 154 y 155
Culebrilla	I 406
Çurroncillo	I 177
Espinillas	II 397
Habilllas	I 345
Manilljs	I 210
Moradillas	II 75
Palabrilas	I 289
Palillos	II 389
Perrilla	II 405, 406 (2 v.), 407, 409 (3v.), 410 (4 v.), 411 (2v.)
Quartillo	I 155
Rencilla	I 257
Servillas	II 396
Vegadillas	II 397
Ventosilla	I 191 (3v.)
Zancadilla	I 308

-ito (a, os, as)

Cabruto	II 166
Cachoritos	II 411
Cucita cucita	II 409
Chiquito (s)	I 76, 77
Memorialito pequeñito ..	II 43
Mosquito	II 410
Pepitas	II 120
Pequeñito (a)	II 88
muy pequeñito	I 76
Perrito (a)	II 407, 408, 410
Poquito (a, os, as)	
cuán poquito (s)	I 290
	II 68, 129

muy poquitos	I 38, 142, 212, 270, 291, 354, 372
	II 39, 54, 78, 87, 132, 193, 195, 262, 264, 402, 436
poquito, poquito	II 252
tan poquito	II 33
un poquito	I 229
Saquito (s)	I 355, 357
Torreznito	II 391
Xerquerito	II 410

-ico (a, os, as)

Asnicos	I 244
Bolsicos	II 21, 91 (2v.)
Botecicos	II 396
Pasticas	II 444 (2v.)
Paxarico	II 411
Perrica	II 410
Pobrecicos	II 203

-uelo (a, os, as)

Açuela	II 227 (2v.)
Aldehuela	I 424
Calçuelas	II 396
Pañiquelo	II 391
Pañizuelo	II 447

-eto (a, os, as)

Bacineta	II 392
Niñetas	II 111 (2v.)
Porretas	II 216

-uncula

Mansiúnculas	II 75
--------------------	-------

-in

Valdeleclin	II 251
-------------------	--------

INDICE

Açuela	II 227 (2v.)	Pañizuelo	II 447
Albardillas	II 163	Pasticas	II 444 (2v.)
Aldehuela	I 424	Paxarico	II 411
Almilla	II 396 (2v.)	Pepitas	II 120
Almohadilla	I 382 y 389	Pequeñito (a)	II 88
Asnicos	I 244	muy pequeñito	I 76
Bacineta	II 392	Perrica	II 410
Bolsicos	II 21 y 91 (2v.)	Perrilla	II 405, 406 (2 v.), 407, 409 (3v.), 410 (4 v.), 411 (2v.)
Borceguies	II 396	Perrito (a)	II 407, 408, 410
Botecicos	II 396	Pobrecicos	II 203
Cabrito	II 166	Poquito (a, os, as) ...	
Cachoritos	II 411	cuán poquito (s) ...	I 290
Calçuelas	II 396		II 68, 129
Çancadilla (s)	I 117, 131	muy poquitos	I 38, 142, 212, 270, 291, 354, 372
Caperucilla	II 397		II 39, 54, 78, 87, 132, 193, 195, 262, 264, 402, 436
Carrioncillo	I 424 (2v.)	poquito, poquito	II 252
Casilla	II 77	tan poquito	II 33
Cazquillo	I 477 (2v.)	un poquito	I 229
Correndilla	II 289 y 423	Porretas	II 216
Cuartillo	I 154 (2v.)	Quartillo	I 155
medio cuartillo	I 154 y 155	Rencilla	I 257
Cucita cucita	II 409	Saquito (s)	I 355, 357
Culebrilla	I 406	Servillas	II 396
Çurroncillo	I 177	Torreznito	II 391
Chiquito (s)	I 76 y 77	Valdeleclin	II 251
Dedo meñique	II 130	Vegadilla	II 397
Espinillas	II 397	Ventosilla	I 191 (3v.)
Hablillas	I 345	Xerguerito	II 410
Manillas	I 210	Zancadilla	I 308
Mansiúnculas	II 75		
Memorialito pequeñito ..	II 43		
Moradillas	II 75		
Mosquito	II 410		
Niñetas	II 111 (2v.)		
Palabrillas	I 289		
Palillos	II 389		
Pañizuelo	II 391		